

Pensar el odio en la identidad a partir de un hecho social : los disturbios de las periferias de 2005 en Francia

Artículo para Red-Vista¹ (revista generalista de Umbral)

François DESPLECHIN

La cuestión del odio anima este número. Se le conoce como reacción a una herida o al sufrimiento del duelo (*odio a quien amaba y me dejó*), pero, más allá de este aspecto relacionado con el dolor, es posible que mantenga ciertas relaciones estructurales íntimas con la identidad. Propongo aquí, para pensar esta difícil cuestión en el individuo, partir de un hecho social en la sociedad.

En cuanto se plantea la relación entre odio e identidad en el ámbito social, aparece un primer vínculo: no es raro que una sociedad *considere al inmigrante como una amenaza potencial para su identidad*. Siguiendo este hilo, podemos pensar que, en ciertos casos, lo que se percibe o describe como radicalmente extranjero podría ser, al analizarlo, *una parte de la propia identidad del sujeto (o de la sociedad), no reconocida como tal*. ¿Podría haber algo similar en el individuo?

En 2005, Francia atravesó una grave crisis social. Dos adolescentes, B. Traoré y Z. Benna, intentando escapar de un control policial, murieron al refugiarse en una estación transformadora eléctrica. Tras su fallecimiento, las periferias se incendiaron, desencadenando intensas violencias urbanas que se propagaron por todo el país. Durante tres semanas, los disturbios afectaron a más de 300 municipios, cerca de 10.000 vehículos fueron incendiados y casi 5.000 personas detenidas, lo que llevó al gobierno a decretar el estado de emergencia.

Rápidamente, los círculos políticos y la prensa sugirieron que estos eventos podrían estar manipulados por grupos terroristas fundamentalistas. Así, en *Le Monde* se leía que el ministro del interior (N. Sarkozy) afirmó que las violencias «estaban «perfectamente organizadas», retomando el argumento de algunos sindicatos policiales», que hablaban de «terrorismo» y mencionaban «islamistas radicales conocidos por los Servicios de Inteligencia (RG) que habrían entrenado y manipulado a los jóvenes». Posteriormente, N. Sarkozy pidió a los prefectos que «los extranjeros, en situación regular o irregular, condenados por estos hechos, fueran expulsados del territorio», añadiendo: «Cuando se tiene el honor de tener un permiso de residencia, lo mínimo que se puede hacer es no ser detenido provocando violencias urbanas». Primero insinuada por la clase política y luego difundida por la prensa, esta hipótesis resonó en parte de la opinión pública.

En *Pulsiones y destinos de las pulsiones*, Freud escribe que, para el lactante, al principio «el mundo exterior y lo odiado son idénticos». La experiencia del placer ligada a la ausencia, o a la falta del pecho, al dolor en general, llevará al sujeto a establecer una diferencia radical entre él y el mundo, mediante el odio. Tenemos entonces la tesis de que el yo se constituye arcaicamente en un movimiento de odio, expulsando el placer fuera para preservar la integridad del yo-placer. Esto conlleva la paradójica consecuencia teórica de que, psíquicamente, la alteridad y las representaciones psíquicas del mundo se esculpen primero a partir de la materia psíquica primaria del yo. Este odio primordial también implica que, teóricamente, la violencia y la agresividad no pueden dirigirse al yo, ya que, desde el punto de vista del lactante, están orientadas hacia el mundo exterior.

Freud añade que la cuestión del yo incluye una imagen idealizada, con la cual el individuo se identificará para construir su identidad. El individuo se encuentra, entonces, en el intento de preservar una imagen de sí mismo que emplea como soporte, no sin conflicto.

¹ <https://umbral-red.org/es/la-red-vista-de-umbral.html>

Volviendo a los eventos de 2005: si sostengamos que estos incidentes están relacionados con una problemática de identidad en la sociedad, entendemos que se invoque «*el origen extranjero de los autores*», incluso si más tarde se demostrará que estas hipótesis eran ampliamente falsas. Un informe de los Servicios de Inteligencia desmentirá que se tratara de una «*insurrección organizada*», hablando de «*una revuelta popular de los barrios sin líderes (...) mientras que, contrariamente a las declaraciones de numerosos responsables políticos (...) nada fue organizado ni manipulado por grupos, ya fueran mafiosos o islamistas*». El informe concluye que la causa de las violencias debía buscarse en «*la condición social de exclusión de la sociedad francesa*» de sus autores.

La elección de los objetivos es particularmente interesante: mientras que los bancos, supermercados y organizaciones del sector privado fueron relativamente poco afectados, se atacaron escuelas, fuerzas del orden, la educación nacional y los transportes públicos. Estos objetivos no son indiferentes y representan la República y los significantes de la integración de los ciudadanos en la sociedad. En cuanto a la identidad de los responsables, de las 4,800 personas detenidas, el 94% tenía nacionalidad francesa... (lo cual no debería sorprender, ya que es poco probable que extranjeros en situación irregular organizaran o participaran en una revuelta nacional en el país donde intentan encontrar su lugar). Pero es evidente que esta explicación funcionó. Y con razón: el odio tiene que ver con la identidad.

Fue necesaria la intervención del presidente de la República para que volviera la calma. Su contenido no es insignificante. Esta vez ya no se trata de extranjeros; el discurso presidencial habla incluso de una «*crisis de identidad*».

Algunos extractos: «*Esta grave situación refleja una crisis de sentido, una crisis de referentes, una crisis de identidad*». Denunciando «*las discriminaciones que socavan los mismos fundamentos de nuestra República*», J. Chirac añadió: «*(quiero decir) a todos los niños que viven en barrios difíciles que, sea cual sea su origen, son todas y todos hijos de la República (...) Los franceses y las francesas, particularmente los más jóvenes, deben sentirse orgullosos de pertenecer a una nación que hace suyos los principios de igualdad y solidaridad*».

La pregunta que surge, tratada aquí a partir del contexto francés, podría formularse así: «*¿Por qué la sociedad produjo espontáneamente – y adhirió a – una explicación odiosa de los disturbios que situaba la causa como externa a ella misma?*»

Sabemos que, a menudo, cuando los grupos se ven fragilizados en su cohesión, se exponen o recurren a fantasías persecutorias. Aquí también, la función del odio puede ser participar en un trabajo de recomposición o consolidación identitaria. Si la persecución es un elemento fundacional en la constitución de la identidad desde un punto de vista colectivo, quizás también lo sea desde un punto de vista individual.

El odio, por tanto, parece dirigirse, en sus profundos vínculos, hacia la identidad. La situación social mencionada nos lo muestra al identificar a sus ciudadanos como extranjeros.

La identidad pasa su tiempo haciendo de extranjero. Prolongar estas reflexiones permitiría quizás entender por qué las separaciones más violentas son aquellas que ocurren entre «hermanos de sangre», como en los países que compartían una identidad o una historia común y que fueron divididos por el juego político. Podríamos pensar en Kosovo, Pakistán e India, o en las complejas relaciones entre los colonizadores y los antiguos países colonizados. A este respecto, durante la última Copa del Mundo de Fútbol, una encuesta indicaba que el equipo que Francia más temía enfrentar desde el punto de vista deportivo era Argelia... aunque los dos equipos nunca se han enfrentado en competición.

Al construir una imagen de sí misma anacrónica, que no corresponde ni a su presente ni a la realidad de la composición de su población, la sociedad francesa está quizás neurótica, tal vez de la misma manera que lo está un individuo que busca preservar una imagen ideal de sí mismo, incluso a costa de un peligroso rechazo de la realidad.

Quizás el odio nunca sea tan fuerte como cuando se dirige a un fragmento del yo que sabe que no puede o no quiere reintegrar. ¿No escribió Freud que quien ama (u odia) lo hace con aquello que “*ha sido una parte del propio ser?*”

FRANÇOIS DESPLECHIN.

Psicólogo, doctor en psicología clínica y psicoanálisis –

Universidad de Aix-Marsella

Miembro de la Fundación Europea para el Psicoanálisis (FEP)

Profesional colaborador de la red Umbral

Miembro de Discurso Psicoanalítico

Trabaja sobre los temas de la identidad y del exilio.

Consulta en Barcelona.

francois.desplechin@gmail.com

<https://francoisdesplechin.com/>